

IGNACIO ELIZÁLDE

BAROJA Y SU IDEOLOGÍA FILOSÓFICA

Si consideramos la Filosofía como una tendencia al conocimiento y a la búsqueda de la verdad, como una norma para la acción, es indudable que Baroja presenta esa tendencia en sumo grado. Pocos escritores españoles —si exceptuamos a Quevedo— poseen una mente tan discriminadora, ni un espíritu crítico tan perceptivo, tan agudo y combativo. Pero si esa tendencia al conocimiento necesita para expresarse un método que conduzca al hallazgo de la verdad, entonces Baroja se nos aparece como un simple aficionado a la Filosofía que no puede someterse a una disciplina rigurosa, ni quiere desarrollar teorías en forma sistemática, más por rebeldía que por ineptitud mental.

Los comentarios y opiniones filosóficos de Baroja inspiran un corto número de ideas fundamentales no integradas propiamente en un sistema, ni formuladas de forma coherente por nuestro autor, pero sí lo suficientemente explyadas por él en diversas ocasiones para permitirnos reconstruir el andamiaje filosófico que sustenta su vida intelectual.

Lecturas filosóficas

Su preparación filosófica es fragmentaria, además de limitada. Sus lecturas no responden al deseo de adquirir un conocimiento general de la Filosofía. Por el contrario, arrastrado desde muy joven por un fuerte individualismo, y casi por intuición, se inclina a las obras o sistemas que más concuerdan con su personalidad, y se despreocupa del resto.

Baroja estudiaba el cuarto año de Medicina, en Madrid. Alumno de Patología General, seguía las explicaciones del maestro Letamendi. Estas despertaron en el joven Baroja el interés de la Filosofía. Refiriéndose a Andrés Hurtado, nos dice Baroja:

La palabrería de Letamendi produjo en Andrés un deseo de asomarse al mundo filosófico, y con este objeto compró unas ediciones económicas de los libros de Kant, de Fichte y de Schopenhauer¹.

A través de Letamendi arriba, pues, nuestro novelista a la Filosofía. Añade en las *Memorias*:

Leí primero *La ciencia del conocimiento*, de Fichte, y no pude enterarme de nada. Saqué la impresión de que el mismo traductor no había comprendido lo que traducía; después comencé

¹ *El árbol de la ciencia*, II, pág. 467, O.C. Madrid, Biblioteca Nueva, 1951-1964. Las notas sobre Baroja serán de esta edición. El número romano indica el tomo, y el número arábigo la página.

la lectura de *Parerga y Paralipómena*, y me pareció un libro ameno, en parte cándido, y me divertió más de lo que me suponía. Por último intenté descifrar la *Crítica de la razón pura*... pero me pareció demasiado esfuerzo, y seguí leyendo a Schopenhauer².

En las *Memorias*, Baroja nos dice que otro libro de Schopenhauer que había leído bastante bien y que ha influido profundamente en él, ha sido *El mundo como voluntad y como representación*.

Las lecturas filosóficas que posteriormente realizó Baroja no hicieron vacilar su fe kantiana. La Filosofía, desde Kant, opina Baroja, «ha tomado una rigidez, una continencia y una austeridad que la acercan a las normas científicas»³. La ausencia de tal rigor científico es, precisamente, lo que le induce a criticar los frutos más actuales de la especulación filosófica: la filosofía de los valores, el existencialismo, la obra de un Spengler o un Keyserling⁴.

Suponemos que debió también de leer a Nietzsche. Su huella se deja sentir en *Inventos, aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, y en *Tablado de Arlequín* (1904) le dedica un artículo⁵.

En cuanto a las filosofías de la Antigüedad, confiesa que todos sus conocimientos proceden del libro de Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos* (V, 160) y de estos prefiere los párrafos que quedan de Heráclito y de Protágoras. Esta predilección por los presocráticos se debe, en parte, al interés que siempre mostraron por los problemas científicos⁶. En cambio, la Filosofía de Sócrates y Platón le parece obra de decadencia que «alejando el conocimiento de su función principal, la de aclarar la Naturaleza, lo llevaron a un mundo de fantasías y de invenciones de carácter más asiático que europeo»⁷.

Las preferencias y las antipatías de Baroja en materia filosófica, como escribe S. Granjel⁸, le han llevado a establecer dos líneas en la evolución histórica de la especulación metafísica. Una, la primera a la que él se siente ligado, naturalista, crítica, que se inicia en los presocráticos y llega a su más acabada expresión con Kant y Schopenhauer; y otra, que rechaza, exaltada y fantástica, que discurre desde Platón y Plotino para llegar a Nietzsche y las diversas manifestaciones de la Filosofía en nuestro siglo, todas formalmente denostadas por Baroja⁹.

Años más tarde, recordando todos estos tanteos filosóficos, Baroja se pregunta: «¿Por qué yo, que soy hombre de poca tenacidad, he llegado a tener perseverancia bastante para leer libros difíciles para los cuales no tenía preparación? Añade que después ha intentado renovar un poco su cultura filosófica sin conseguirlo. Si hubiera insistido más, habría sido kantiano. Pero no se ha atrevido con la *Lógica* de Hegel, ni pude soportar las utopías desde *La República*, de Platón, a *La conquista de pan*, de Kropotkin (V, 185).

Al final de su vida, Baroja nos asegura que ya no es lector de obras filosóficas: «Algunas leí de joven, pretendiendo ver claro en asuntos transcendentales, pero después las dejé.» Y agrega que en Filosofía no le interesaban las escuelas, sino las direcciones que puedan dar a la vida (V,1117).

A pesar de estas palabras finales, en que Baroja aparece ya como desligado de toda preocupación filosófica, no se puede negar la influencia de la filosofía en su vida y en su obra. Es indudable que ella desarrolló su espíritu crítico y le abrió horizontes que, tal vez, marcaron una dirección definitiva en su creación. Pero, al mismo tiempo, la huella de sus lecturas filosóficas queda transformada a través de su personalidad, después de un proceso de eliminación de todos los elementos extraños a su «yo».

² *Familia, infancia y juventud*, II, 586.

³ *Palabras nuevas*, V, 1119.

⁴ *Ibid.*, V, 117.

⁵ *Bohemia madrileña*, V, 95.

⁶ *La intuición y el estilo*, VII, 1004.

⁷ *Reportajes*, VII, 1005.

⁸ S. Granjel, *Retrato de Pío Baroja*, Barcelona, 1953, 267.

⁹ *Galería de tipos de la época*, VII, 811.

Su ideología filosófica

La ideología filosófica de Baroja ha merecido de sus críticos muy diferentes comentarios. Para Azorín, «Pío Baroja es el único novelista nuestro contemporáneo de quien se puede deducir una filosofía original y sistemática»¹⁰. El juicio de Azorín nos parece excesivo al atribuir a Baroja una Filosofía original y sistemática. César Barja opina que no dejándose seducir por la frecuencia e interés con que Baroja discurre sobre los más dispares temas científicos «más que un hombre de ciencia tiene Baroja de filósofo especulador, y más de metafísico de la vida que de físico de las cosas»¹¹.

Sin embargo, analizadas por un filósofo, Julián Marías dirá:

Las ideas de Baroja, reacciones espontáneas y de primera vuelta ante las cosas, sin justificación intelectual ni responsabilidad, son la expresión de su afán hacia la energía independiente...; el valor máximo de esas «ideas» no viene de lo que son ellas mismas, tan frecuentemente deleztables y erróneas, sino —una vez más— de su sinceridad¹².

Abundando en este criterio de Julián Marías, sin duda certero, escribe Torrente Ballester:

La ideología de Baroja carece de valor objetivo. No es un ensayista, sino un hombre que busca en los libros la solución a su problema personal, que acepta ideas ajenas y que elabora, en consecuencia, otras. Su ideología, en cambio, tiene valor sintomático, documental, y aunque la mayor parte de las veces se expone a través de personajes novelescos, es indispensable para entender al escritor y para entender a sus creaturas¹³.

Helmunt Demuth ha analizado muy detenidamente las ideas filosóficas de Baroja y su evolución y principalmente el influjo que ejercieron en él el pesimismo de Schopenhauer y el vitalismo de Nietzsche¹⁴.

Baroja y Schopenhauer

Se ha dicho con frecuencia que el propagador de la idea del superhombre, debido al gran auge de la Filosofía de Nietzsche, a fines del siglo, ejerció gran influencia sobre Baroja, Unamuno y Azorín y otros escritores del 98. No hay duda que ellos leyeron a Nietzsche y que les interesó el problema de la voluntad. Pero la Filosofía afirmativa del filósofo alemán no correspondía al espíritu pesimista característico de los españoles de fines de siglo, personificado en la multitud de héroes abúlicos de las novelas de la época. Las ideas de Nietzsche no contenían ninguna clave cosmológica ni metafísica que explicase la decadencia española. Es claro que el individuo se deja influenciar más por las ideas que refuerzan las propias. Esto explicaría por qué Schopenhauer, el gran pesimista alemán, llegó a identificarse con las tendencias más sobresalientes del pensamiento español. Es Schopenhauer y no Nietzsche el que debe considerarse guía espiritual de la Generación del 98. La última parte de *El sentimiento trágico de la vida*, donde Unamuno habla de la fuerza implacable de la voluntad, está cargada de schopenhauerismo. Lo que es más, Unamuno hace alusión a la obra de Schopenhauer¹⁵. Yuste, el maestro de Azorín, en *La voluntad*, tiene sobre su estante tres volúmenes de *El mundo como voluntad y representación* y expresa muchas de las ideas del filósofo alemán.

La influencia de Schopenhauer sobre Baroja es aún más patente y sorprende que no se

¹⁰ Azorín: *Ante Baroja*, O.C. Madrid, 1948, VIII, 169.

¹¹ César Barja, *Libros y autores contemporáneos*, Madrid, 1935, 321.

¹² Julián Marías, Artículo, *Baroja*, en el *Diccionario de Literatura española*, Madrid, 1949.

¹³ G. Torrente Ballester, *Literatura española contemporánea*, 1952, 240.

¹⁴ Helmunt Demuth, *Pío Baroja, Das Weltbild in seinen Werken*, Hagen, 1937.

¹⁵ Unamuno, *El sentimiento trágico de la vida, Ensayos*, Madrid, 1958, II, 861.

le haya visto en estudios anteriores. Nuestra intención es mostrar la presencia del pensamiento de Schopenhauer en la ideología de Baroja.

En uno de sus volúmenes de *Memorias*¹⁶ declara haber leído a Schopenhauer con sumo interés durante su cuarto año de Medicina. Y en *Juventud, egolatría*, escribe sobre el efecto producido por sus lecturas filosóficas: «El leer el libro de *Parerga y Paralipómene*, de Schopenhauer, me reconcilió con la Filosofía»¹⁷. Es indudable que Baroja opinaba mejor de Schopenhauer que de Nietzsche. De una conversación con Palacio Valdés dice:

Hablamos también de Filosofía; él dijo que Nietzsche no valía nada, y que el gran filósofo y moralista alemán era Schopenhauer, en lo cual estaba yo, en parte, conforme¹⁸.

En otra parte, Baroja declara que los filósofos modernos a quienes leía con más interés eran Schopenhauer y Kant. Confiesa que a Kant sólo le había entendido en parte, pero que Schopenhauer le ayudó a comprender al gran pensador de Königsberg. Estas y otras declaraciones de Baroja parecen indicar que jamás llegó a penetrar a Kant por completo y que lo que sabía de él le venía de Schopenhauer. Testimonio aún más convincente del gran impacto que la obra de Schopenhauer, *El mundo como voluntad y como representación*, causó en el gran escritor es el hecho de que Baroja la considere, junto con la *Summa Theológica*, de Santo Tomás; el *Discurso del Método*, de Descartes, y la *Crítica de la razón pura*, de Kant, como uno de los grandes tratados de Filosofía de todos los tiempos¹⁹.

Como hemos dicho, un individuo siempre se inclinará más a aceptar la influencia de un pensamiento que responda a su propia problemática cultural. El español, más que cualquier otro europeo, es un producto de su pasado. El hecho de que también a Schopenhauer le intrigase el pensamiento español nos ofrece una dimensión en este estudio de sus influencias. Después de Morel-Fatio, muy poco se ha dicho sobre el interés de Schopenhauer en los estudios españoles. Sabemos que el estudio del castellano ocupó gran parte de su tiempo, en Berlín, cerca de 1825, y que más tarde tradujo el *Oráculo manual y arte de prudencia*, de Gracián. También conoció y admiró a Von Humboldt, el famoso hispanista alemán. En *El mundo como voluntad y como representación*, declara que sólo conoce tres alegorías detalladas en la literatura mundial. Dos de ellas son españolas: *El Criticón*, de Gracián, y *Don Quijote* de Cervantes.

Así podemos establecer una afinidad entre Baroja y Schopenhauer más profunda de lo que anteriormente se había sugerido. Ambos sufrieron, en grado mayor o menor, la influencia de una tradición común que históricamente ha sido, en su esencia, pesimista.

En los primeros escritos de Baroja ya podemos vislumbrar rasgos definitivos del pesimismo schopenhaueriano. En *Sufrir y pensar*, un artículo publicado, en 1899, en la *Revista Nueva*, vemos muy claramente, y por primera vez, la aceptación por parte de Baroja de una doctrina schopenhaueriana que penetra toda su obra literaria: la idea de que el conocimiento aumenta el dolor. Baroja declara:

La sombra del dolor sigue a la inteligencia como el cuerpo, y así como a raza superior y a superior tejido corresponden mayor capacidad para sentir dolores, así también a cerebro más perfeccionado corresponde más exquisita percepción del dolor²⁰.

Este concepto básico reaparece con frecuencia en muchas novelas de Baroja. Y sobresale en *La feria de los discretos* y en *El árbol de la ciencia*.

Baroja escribió sus novelas más importantes entre 1900 y 1912, novelas que revelan la

¹⁶ *Familia, infancia y juventud*, VII, 588.

¹⁷ *Juventud, egolatría*, V, 164.

¹⁸ *Finales del siglo XIX y principios del siglo XX*, VII, 762.

¹⁹ *El escritor según él y según los críticos*, VII, 455.

²⁰ «Sufrir y pensar», en *Revista Nueva*, Madrid, 5 de mayo de 1899. También en O.C., VIII, 865.

personalidad y el espíritu del 98. Muchos de sus personajes son autobiográficos y simbólicos de la angustia provocada por la crisis nihilista de la época. Los protagonistas de estas novelas fracasan invariablemente en la vida, a causa de una voluntad desorientada, poseen un pesimismo implacable y el sentimiento de una crueldad insaciable. En resumen, la influencia de Schopenhauer es avasalladora.

Muchos de los héroes barojianos oscilan entre los períodos de sufrimiento y los estados de abulia, en que padecen el aburrimiento. Tal es el caso de Fernando Ossorio, en *Camino de perfección*; de Manuel, en la trilogía de *La lucha por la vida*, y de Quintín, en *La feria de los discretos*. El pesimismo de Schopenhauer gira alrededor de esta teoría.

Hemos, por consiguiente, de concluir que no fue sólo el tono profundo de pesimismo en la Filosofía de Schopenhauer lo que atrajo a Baroja, sino también sus peculiares postulados metafísicos y morales. Estaremos más cerca de comprender la importancia decisiva de esta influencia al analizar *El árbol de la ciencia*, la novela más importante de Baroja.

Parece extraño hablar de la influencia de una Filosofía sobre la estructura de una novela. Pero esto ocurre en *El árbol de la ciencia*. Conviene decir que la inspiración de Baroja como novelista nunca fue estética, sino filosófica y social. En sus novelas tiende a fundirse la forma y el contenido. La novela que nos ocupa es un estudio sobre la incapacidad del protagonista, Andrés Hurtado, para adaptarse a las circunstancias que le rodean (la España de principios de siglo) y de su esfuerzo por lograr un ajuste ideológico con las vicisitudes de la vida. Ortega lo expresa claramente:

Andrés Hurtado siente incompatibilidad con la vida que le rodea, se siente otro que esa España circundante. No entiende los ruidos de la realidad que le envuelve y soporta. En torno a él, España, un inmenso absurdo... Este mozo es un precursor porque siente germinar en los senos de su espíritu un nuevo idioma ideológico²¹.

Vemos que la novela es más autobiográfica que otras y que verdaderamente refleja la filosofía vital del autor. Baroja mismo la clasifica como su tratado filosófico mejor logrado.

El árbol de la ciencia es, entre las novelas de carácter filosófico, la mejor que yo he escrito. Probablemente es el libro más acabado y completo de todos los míos, en el tiempo en que yo estaba en el máximo de energía vital²².

Así que la esencia de esta novela es la filosofía personal de Baroja y la huella de Schopenhauer se percibe muy claramente, puesto que la estructura de la novela no es otra cosa que una proyección novelística de *El mundo como voluntad y como representación*, la obra fundamental del alemán que Baroja había leído y asimilado tantas veces.

Andrés Hurtado, el joven estudiante de Medicina, está desilusionado con la vida que le rodea y sus propias circunstancias personales le son adversas: el estudio de la Medicina en España es una farsa y su vida familiar es desdichada. Hurtado, lo mismo que Silvestre Paradox antes que él, se refugia en la lectura de Schopenhauer y Kant y encuentra una orientación espiritual.

Conforme Hurtado iba presenciando el dolor de los pacientes y la injusta crueldad del personal del hospital donde servía como interno se convencía cada vez más de la filosofía pesimista de Schopenhauer. El ser inteligente, al darse cuenta de las cosas, aumentaba el dolor propio.

De la contemplación de su propio dolor, Hurtado pasa a la del dolor del mundo de Lulú, su futura esposa, y se convence aún más de «la crueldad universal». Visita al tío Iturrioz, el cual le sirve de maestro y estímulo en sus inquisiciones filosóficas.

Es precisamente esta parte de la novela que aparece bajo la forma de conversación con

²¹ Ortega y Gasset, «Pío Baroja: Anatomía de un alma dispersa», *El Espectador*, I, 170.

²² *Final del siglo XIX y principios del siglo XX*, VII, 801.

Iturriz, la que hace resaltar más nítidamente el concepto barojiano sobre la Filosofía de Schopenhauer. Cuando Iturriz interroga a Hurtado sobre la fuente de su Filosofía vital, éste le responde: «Pues en Kant y en Schopenhauer, sobre todo»²³. Luego cita la teoría metafísica kantiana de que los conceptos de espacio, tiempo y causalidad son atributos de la inteligencia humana y no de la realidad misma. Este es el meollo metafísico de la Filosofía de Schopenhauer.

En conclusión, puede decirse que Baroja aceptó la ideología de Schopenhauer, en casi todos sus detalles. Básicamente, *El árbol de la ciencia* es un estudio sobre Andrés Hurtado, y la historia de Hurtado no es más que una proyección novelística del concepto personal de la visión del cosmos y del hombre y su problemática, según Schopenhauer. El individuo pasa de la corriente vital, ciega y tumultuosa, que lo arrastra consigo, al aburrimiento total de la *ataraxia*, que se consigue mediante la contemplación; es decir, del mundo de la voluntad al mundo de la representación. También podría aventurarse la hipótesis de que hubiese sido esta aceptación de Filosofía tan pesimista la que volviera a Baroja tan popular con los desilusionados españoles de la época, consecuencia del desastre del 98. Derrota que originó igualmente el pesimismo de la Generación del 98.

El individualismo y el imperativo moral

Baroja se identifica plenamente con la frase de Protágoras: «El hombre es la medida de las cosas», porque en ella cree haber alcanzado una de las pocas verdades alcanzable (VII, 1003). Y su tendencia egocéntrica halla plena confirmación en esta verdad: «Sólo el individuo existe por sí y ante sí. Soy vivo; es lo único que puede afirmar el hombre» (II, 573). Y añade en otro lugar:

¿Es que no es uno para sí mismo el universo entero? Uno es todo: el tiempo, el espacio, la causalidad, el mismo Dios, si se tiene la veleidad de creer en él... Lo demás es el Cosmos²⁴.

Y puesto que la única realidad es lo individual, todo queda conformado por ese ser indivisible que es el hombre; así el mundo es una representación de nuestra conciencia y ésta, a su vez, una creación de los sentidos; nuestra obra no es más que la proyección de nuestro espíritu hacia fuera, y nuestro espíritu una creación de nuestra voluntad. De aquí que ni en Filosofía ni en Arte pueda existir la objetividad (V, 401). Dentro de este subjetivismo ineludible, el hombre debe seguir el precepto socrático y tratar de conocerse a sí mismo. Ser y no parecer. Baroja, como Montaigne, parte del estudio de sí mismo y pasa al del género humano y al del universo. Para ello toma como lema la frase de Stendhal: «ver en lo que es», porque cree que el hombre, capaz de ver en lo que es por sus propios ojos, está por encima de los fanatismos y de todas las utopías (VII, 1003). En esta ardua búsqueda de «lo que es» transcurre la vida entera de nuestro escritor.

Ortega y Gasset observa con justeza que Baroja no se contenta con discrepar más o menos con el sistema de lugares comunes y opiniones convencionales, sino que hace nervio de su producción la protesta contra el modo de pensar y sentir convencionalmente: «En este sistema de sinceridad y lealtad consigo mismo no conozco a nadie en España ni fuera de España comparable con Baroja». Aún añade Ortega que: «Baroja es el caso extrañísimo y en la esfera de su experiencia único, de un hombre constituido exclusivamente de un fondo insobornable y exento por completo del yo convencional que suele envolver a la mayoría de los mortales»²⁵.

¿De dónde proviene este individualismo barojiano tan insobornable y tan único? Si observamos lo que nuestro autor nos dice, podríamos pensar, como él, que «el individuo no es

²³ *El árbol de la ciencia*, II, 603.

²⁴ *Las veleidades de la fortuna*, I, 1308.

²⁵ O.C., pág. 180.

lógico, ni bueno, ni justo: es nada más, por la fuerza de la fatalidad de los hechos, por la fuerza de la desviación del eje de la tierra, o por cualquier otra cosa igualmente divertida» (II, 573).

César Barja ha advertido en este exagerado sentimiento de individualismo un sentimiento de raigambre ética. Este crítico es el que le confiere más importancia al imperativo ético barojiano, pues, ve en el hombre y en el novelista «una aspiración... ética... y el triunfo de una exigencia moral superior». De lo que en último término trata de reintegrar el fenómeno moral a la conciencia del individuo, de donde ha sido desplazado. Y añade Barja que ni el grupo, ni la clase, ni la sociedad, sino el individuo, cada individuo, es el sujeto y el soporte de la moralidad. Y no de esa moralidad lograda por el amor al premio o el miedo al castigo, sino pura y simplemente por el imperativo moral, noblemente, desinteresadamente. Y concluye afirmando: «este escritor que tan inmoral parece a muchos lectores, es en el fondo y hasta en la superficie, eminentemente moral, un lector, y casi, un discípulo de Kant»²⁶.

Leyendo a Baroja, sobre todo en sus libros más autobiográficos y en sus *Memorias*, se observa en él una preocupación ética que se manifiesta espontáneamente, como consecuencia de su habitual sinceridad, pero que no tiene la menor pretensión dogmatizadora.

Para Baroja la moral tiene un valor de realidad pura. «Me parecía y me sigue pareciendo la verdadera moral —dice— la moral pura, la que tiene ninguna finalidad social ni ningún interés positivo». Y, a continuación, reconoce que «era un tanto kantiano, sin haber entendido más que algunos puntos de la obra de Kant» (V, 882-3). Es decir, rechaza la moral eudemonista o utilitaria y se acoge a la fórmula del imperativo categórico de Kant que aconseja: «Obra de tal manera que tu conducta puede ser ley universal.»

En Baroja, moral, verdad y justicia se intervalan y son principios inmanentes. Así, en 1934, haciendo un balance de su vida, nos dice:

Sentí en la juventud cierto entusiasmo por la verdad, después exagerado y convertido en norma de la existencia. No pensaba de joven consagrar la vida a la verdad, convirtiendo esta frase de Juvenal en lema doctrinal; pero sí pensaba que, fuera de la verdad, no podía haber ciencia ni arte ni satisfacción interior²⁷.

Y agrega que aspiraba a que la vida fuese principalmente limpia: «Mentir, engañar, intrigar, me parecía entonces y me parece ahora poco digno...» (V, 871). Paralelamente a este anhelo de verdad, había en él «una fiebre de justicia» que, según asegura en sus *Memorias*, aún perdura en la vejez (VII, 435). En ocasiones Baroja se indigna consigo mismo, pues piensa que su afán de querer intervenir y establecer la justicia en el mundo es poco intelectual (I, 1184). Y es que para él, «lo que debe ser es más verdad para el espíritu que lo que es» (I, 45).

Baroja no pretende imponer dogmas éticos al mundo, pero la inmoralidad de los demás le produce inquietud y repugnancia. Sus experiencias más amargas se produjeron al comienzo de su carrera. Baroja encontraba inmoralidad y falsedad por doquier: en las cátedras, en los centros políticos, en los religiosos, en la vida privada. La angustia y la desilusión que todo ello le produce, se refleja, mejor que en ninguna parte, en su novela autobiográfica *El árbol de la ciencia*²⁸. Ante la descomposición moral de la época, Andrés Hurtado, el protagonista, se pregunta entristecido si no habrá algún plan filosófico o moral para vivir con decoro, a lo que su interlocutor responde que el que lo tiene es porque se ha inventado uno para su uso (II, 494). Poco a poco, Baroja va comprendiendo que todas sus cualidades afirmativas —la ingenuidad, la probidad, la buena fe, la incapacidad para metir— son las que le impiden triunfar en un modo donde reinan la mentira, la inutilidad, el cinismo y el egoísmo (II, 848).

¿Qué hace Baroja ante este panorama desolador? Se aísla, se encuentra cada vez más en

²⁶ César Barja, *op. cit.*, pág. 307.

²⁷ *Rapsodias*, V, 868.

²⁸ Véase también lo que dice en sus *Memorias*, VII, 576.

sí mismo. Uno de sus personajes exclama: «Sólo, con la verdad contra todo el mundo, estoy contento... Es muy consoladora y muy dulce la soledad...» (I, 1027).

Conclusión

De lo que venimos observando se puede deducir que Baroja busca en la Filosofía una explicación racional de la vida y un apoyo moral. No habiéndolos encontrado más que muy parcialmente a pesar de intentarlo a través de todas las grandes teorías filosóficas, se comprende que las contemporáneas tampoco puedan satisfacer sus aspiraciones. Baroja ve en el experimentalismo de nuestra época un síntoma de decadencia y de falta de originalidad.

Del existencialismo nos dirá que «puede servir de legitimación y tapadera a todas las tendencias egoístas y malvadas del hombre» (VII, 813). Sin embargo, Baroja mismo es existencialista por cuanto siente profundamente la angustia y el dolor humanos, cuya finalidad no comprende. En su pesimismo encontramos una «náusea» existencial, desde sus primeros libros. Por otra parte, debido a la enorme fuerza vital de su temperamento, se nos aparece como un neovitalista, tal vez, más cerca aún del ratio-vitalismo de Ortega y Gasset, sin ser en él más que un impulso espontáneo y sostenido, aunque sin base teórica.

Partiendo de un individualismo temperamental, se acerca a la Filosofía en busca de una explicación del Universo y de una pauta moral. Sin embargo, después de leer a Kant y Schopenhauer, comprende que la verdad absoluta no la puede captar el entendimiento humano, puesto que todo lo que nos rodea pertenece al mundo de las apariencias y nuestro instrumento de conocer es también limitado. Desemboca en el agnosticismo, pero, a la vez, contempla la vida con ojos de moralista y todo ello le convierte en un pesimista respecto al hombre.

En su deseo de hallar una solución para el mal de vivir, Baroja se inclina por un momento hacia el budismo y hacia la Filosofía de los filósofos estoicos de la Antigüedad; mas el nirvana y la *ataraxia* exigen una renunciación de la personalidad ante la cual se rebela su individualismo. Son dos filósofos relativistas, Protágoras y Heráclito, los que orientan definitivamente el pensamiento de Baroja. La explicación cosmológica del segundo le satisface por lo que tiene de científica y porque concuerda con su propia visión de la vida. Paralelamente, inspirándose en las ideas de Nietzsche, crea una teoría de la acción, que desarrolla en sus novelas bajo diferentes aspectos.

IGNACIO ELIZÁLDE